

PANORAMA DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA (1600-1935),  
por José Antonio Ramos.

En la América de origen hispánico es muy frecuente la actitud de reserva despectiva, aun en individuos de cultura general un tanto extensa, en lo referente a la expresión literaria y artística de los Estados Unidos de Norte América. Aun más, posición negativa de sus valores en la mayoría de los casos, basada en la muy ingenua apreciación de que el Imperio más grande del mundo está dominado por un avasallador «materialismo» que impide el desarrollo continuado y colectivo de su literatura, de su pintura, etc. En el fondo quizás esta actitud se explique más claramente por la conciencia de la inferioridad económica que vive Latino América respecto a ese formidable país que, debido a la potencia de este mismo orden, domina el extenso continente del sur, hasta el extremo de que casi todo él no es más que una semi-colonia de los Estados Unidos. Además, todavía existen seres que agitan el mismo romántico símbolo de Rodó: Ariel, Calibán... conformándose con esta elemental elucidación.

Lo cierto es que gran parte de los individuos que subestiman la literatura norteamericana, no la conocen y si esto último sucede, tienden inmediatamente a mirarla desde un punto de vista comparativo—en detrimento de su valor expresional—con las viejas literaturas europeas, olvidando que Estados Unidos es una nación infinitamente más joven que cualquiera de Europa. A veces, y tal vez son los más, otros conceden la existencia de algunas individualidades — Poe, Whitman, etc. — pero desconocen la viviente realidad de un conjunto que se llama literatura norteamericana. El que comenta acaso en un tiempo, ya un poco distante, piensa lo mismo. Hoy día, considera muy falsas tales posiciones para enfocar la vida intelectual de los Estados Unidos.

Por lo demás, la generación joven de Latino América se acerca a su amo imperialista del norte con un verdadero afán de estudio y conocimiento, pues la actitud lírica, que era la inveterada, no concuerda con la época que vive.

No conocíamos ningún ensayo de las proporciones de éste, donde se estudiara en conjunto la literatura norteamericana, desde su nacimiento hasta nuestros días. Apenas, uno muy breve y muy denso de Pedro Henríquez Ureña sobre sus escritores actuales y, en uno de sus aspectos importantes, el poético, la «Anthologie de la Nouvelle Poesie Americaine» de Eugene Jolas, editado por «KRA» algunos años atrás, según creemos en 1928. Pero, desde luego, ninguno más completo que este «Panorama de la Literatura Norteamericana» (1) de que es autor el escritor cubano José Antonio Ramos que residió durante largo tiempo en la tierra de Ezra Pund (el amigo de Joyce), sirviendo un cargo consular en Filadelfia y que revela un conocimiento profundo y seguro de la historia del desarrollo literario de Yanquilandia, como también de sus desenvolvimiento económico, social y político.

Es corriente encontrar en obras que llevan por título el de «Panorama», no tan sólo en las tierras de América sino también al otro lado del Atlántico, una ausencia de relación entre el nombre y el contenido, porque generalmente las obras así llamadas estudian sólo algunos de los aspectos que estructuran un panorama. Y casi nunca penetran en las raíces de un movimiento cultural que se pretende analizar de esta manera. Por suerte, no es este el caso de la obra de José Antonio Ramos, escritor que une a sus valiosas e innegables condiciones personales una orientación definida para apreciar la materia de su ensayo y una poderosa capacidad de síntesis. Como consecuencia, la densidad de hechos significativos proyectando sus señales peculiares en una apretada y certera visión condensadora.

Lo primero que es necesario destacar en el «Panorama de la Literatura Norteamericana» es la convicción de Ramos de que todo fenómeno intelectual tiene sus orígenes en el desarrollo económico de un país, no obstante no demostrarse partidario de la doctrina del materialismo histórico. Esta convicción, que nos parece muy acertada y cuya vivencia es indiscutible para todo sujeto que no tenga prejuicios «idealistas», le da a este ensayo un contenido de extraordinario interés y de no escasa novedad, ya que no es una costumbre en trabajos de esta especie, donde, por el contrario se estudia el hecho artístico completamente desligado de la sociedad donde tuvo su origen, como un fenómeno aislado y puramente individual. Aquí en Chile, por ejemplo, podríamos citar más de un volumen que confirmaría lo que apuntamos.

«Son los hechos materiales, dice Ramos, la base fundamental de los grandes hechos históricos, por variados y preñados de múltiples consecuencias que éstos sean», y naturalmente, «el propósito de nuestro esfuerzo no es el de entretenernos en la flor, deteniéndonos en su color y su perfume, sino el ir hasta la raíz histórica del hecho artístico». Entonces, de acuerdo con el principio sustentado, Ramos comienza fijando las características económicas y sociales de las colonias inglesas, pues ellas son las que determinan el nacimiento de la literatura norteamericana. Y sólo después de haber realizado la exposición del clima histórico, discriminado sus condiciones específicas, las causas de su vitalidad naciente, entra José Antonio Ramos al estudio particular de la literatura, pero sin aislar jamás ésta de aquél, más bien, siguiendo paralelamente el análisis de ambos sucesos. Esta continuada unión entre el hecho histórico y el artístico, este maridaje entrañable persiste en toda la obra, dándole una consistencia orgánica.

No existe acontecimiento saliente en el proceso económico, político y social de los Estados Unidos que no profile su significado en las páginas del «Panorama de la Literatura Norteameri-

cana», desde que casi al legendario capitán John Smith lo eligieron jefe «del grupo de colonos que desembarcó en Virginia el año 1607, mientras reinaba en nuestras tierras españolas la real calamidad de Felipe Tercero»‡ desde que en Virginia se constituye en 1619 «el primer cuerpo representativo del Nuevo Mundo: la «House of Burguesses», en Virginia, donde algunos años más tarde el Gobernador Berkeley «agradecía a Dios que no hubiese escuelas ni imprentas»... hasta la última formidable crisis económica que ha agitado a los Estados Unidos, como a casi todos los demás países del orbe. Este factor duplica el interés que produce la lectura del «Panorama de la Literatura Norteamericana» porque al mismo tiempo de ir conociendo el desarrollo literario del pueblo norteamericano, vamos recordando los hechos más salientes de su historia.

No es posible dejar de consignar otro de los méritos medulares de este volumen y que tiene una crecida importancia para los latinos americanos y es que en gran parte de él aparece la preocupación permanente, encendida, aguda por el problema material e intelectual de estas repúblicas «majaderas, arrogantes y perturbadoras» analizando su pasado en sus características generales y siempre en un sentido de comparación respecto a los Estados Unidos, de manera escueta, es verdad, ya que no es este el propósito que anima la obra, pero no por eso menos penetrante. Además, señala las diferencias cardinales que desde sus orígenes se apreciaron nítidamente, apartando el destino de progreso de ambos grupos humanos, como también sus elementos de contacto que José Antonio Ramos, con acertada perspicacia, observa sobre todo en las colonias del sur de lo que debía ser después los Estados Unidos de Norte América—Virginia, etc—con las colonias americanas de ascendencia española, porque «se encuentran innumerables puntos de contactos con nuestra propia historia», más que nada por el parecido de la naturaleza económica. «Veréis así, dice Ramos, que no pesan tanto las razones de raza, -eligi6n y lengua en el destino de los pueblos, como su economía,

sus medios fundamentales de vida». Por lo demás, esta preocupación, esta vigilancia apasionada se explica fácilmente por la razón ya expuesta como por el continuo encontrarse a lo largo de su existencia, fatalmente, no para bien de las repúblicas del sur, como es natural que suceda debido a la índole de la economía de éstas.

Debido al carácter de este comentario no podemos extendernos con la amplitud que desearíamos para analizar con la atención que merece este volumen, cuya densidad ideológica es manifiesta y tan preñado de vastas sugerencias de significado general, como de sentido americanista. Pero creemos haber hecho una síntesis, muy incompleta seguramente, de los puntos más esenciales que lo animan. Y a esto era a lo que aspirábamos, en parte.—A. T.



LA IRREVERENCIA HISTÓRICA, por *Sigfrido A. Radaelli* (1).

Este libro justifica su título. Pero no confundamos la recta finalidad de su elección. Aunque el desacato o irreverencia histórica de Radaelli va contra una falsa e ingenua visión de la historia argentina, no es empujado por un propósito de subversión escandalosa, sino por un noble, sencillo y respetuoso afán de esclarecimiento del pasado argentino. «Esta irreverencia con la historia argentina y con los historiadores de su historia—dice en una nota al capítulo *De nuestro falso nacionalismo*—no es, en el fondo, sino una despreocupación por cierto afectado empaque, por ciertas formas absurdas de cortesía, por cierta simulación muy sociable que se acostumbra usar con éstos y con aquélla».

---

(1) Volumen II de la *Colección Megafono*, edición Tor.—Buenos Aires. 1934.